

A Coruña, 26/09/2023


En 1989, mi colega Cándido López y yo asistimos a un curso de posgrado en el Politécnico de Lullán. Architettura del Paesaggio. Como actividad semanal debíamos de dibujar un árbol.

El primer árbol fue la hoja. Estuvo guardado en su carpeta durante mucho tiempo. La recuperé cuando buscaba una imagen para ilustrar el nacimiento de la escuela.

El árbol desnudo, sin hojas. Simboliza para mí la arquitectura. Una estructura viva que aloja la vida en ella. Se conecta con la tierra y mira a la luz. Sus ramificaciones surten un patrón común. Son sistemáticas. Sin embargo, tienen la capacidad de afrontar las variaciones ordinarias y extraordinarias. Entonces se deforman, cambian su trayectoria. Aclaran, se retuercen, se encogen...

Quiero el árbol en dentro, bajo su copa, y en fuera, al redor de ella, con el vacío que rodea su huella.

¿Y la escuela? Trastocar su estructura, aún más simplificada a madera trabajada o a piedra. Un tronco y unas ramas idénticas. Se trepa por ellas para cambiar de nivel...


María Correira Otero